

LIBRO PRIMERO.

Ojeada sobre el período en que van á entrar las memorias.—Nuevo punto de vista bajo el cual vá á mostrarse el carácter de *Madama*.—La política y la guerra.—Necesidad de esponer la situación interior de la Francia.—La historia del partido realista es en aquella época la historia de *Madama*.—Posicion de los realistas después de la revolución de julio.—Se habia dado la accion pero la guerra no estaba concluida.—Habia una situacion odiosa y apasionada obra de la oposicion de quince años.—Motivos que hacian creer á los realistas que podrian hacerse dueños del poder por un golpe de mano.—Fuerzas con que creian poder contar.—Provocaciones imprudentes de los vencedores.—Síntomas generales de una guerra europea.—Armas de los gabinetes.—Movimientos.—Insurrecciones.—Las revoluciones y las monarquías.—Los realistas preveian y temian la guerra europea, al paso que creian en la guerra interior.—Esta opinion era tambien la de *Madama*.—Ella atraviesa la Holanda y llega á Italia.—Incógnito.—La condesa de Sagana.—*Madama* en los Estados Sardos.—Sestri.—Génova.—La policia italiana.—*Madama* y el rey Carlos Alberto.—M. Decazes, cónsul.—Concurso de franceses.—Reclamacion del gabinete del Palacio real.—El rey Carlos Alberto se vé obligado á rogar á *Madama* salga de sus Estados.—Sentimiento de esta princesa.—Su altivez.—Anécdotas.—Sale de los Estados Sardos.—Atraviesa á Massa.—Lucía.—La duquesa de Berry se decide á hacer un viaje á Nápoles.—Pasa por Roma.—Honores que se la hacen.—El Papa y los cardenales.—Su respuesta á un embajador.—Llega á Nápoles.—Alegria y tristeza.—Reflexiones y contrastes.—1832, y 1816.

Entramos en un gran período, durante el cual la historia de la duquesa de Berry va á ser la de la opinion realista por entero. Una empresa de audacia

BIBLIOTECA IMPERIAL
V. A. N. E.
ALFONSO

varonil intentada por una princesa habituada hasta entonces á la delicadeza de las córtes; todos los riesgos arrostrados, sostenidas todas las fatigas; la osadía de la ejecucion correspondiendo á la de la concepcion del proyecto; un viage de una temeridad fabulosa verificado en medio de todos los obstáculos; la princesa proserita atravesando la Francia entera, engañando á la policia con su audacia, y tanto menos vista por aquella adivinadora de los mas ocultos misterios, cuanto se mostraba en todas partes; despues de los riesgos del viage, la desesperacion de una vasta empresa frustrada, cambiándose en una resolucion firme é invariable de dominar la fortuna por la tenacidad de su carácter, la guerra con sus vicisitudes haciendo suceder nuevos peligros á los que llevaba consigo aquella azarosa expedicion; la princesa cruzando de retiro en retiro, de riesgo en riesgo; engañada en todas sus esperanzas, pero sin faltarse á sí misma cuando todo la faltaba á la vez; tales son los graves acontecimientos y las vivas imágenes que van á animar esta narracion.

No sentaremos el pie sobre el terreno ardiente de la guerra interior, sin deplorar esta llaga dolorosa de las épocas inflamadas por las pasiones y dividida por los partidos. Pero proclamando la guerra interior deplorable, como hombres, séanos permitido como políticos, mostrarla inevitable, y tristemente escrita por la fuerza de las cosas en la fatalidad de la situacion. Para llegar de deduccion en deduccion á aquella evidencia que resultará del exámen de los hechos, daremos una rápida ojeada sobre la historia de los realistas en la época de que hablamos. Ya lo hemos dicho; esta historia se liga íntimamente á la de la duquesa de Berry, que fué en aquella época la espresion viva y animada de una situacion

politica que conviene esponer con toda la franqueza de su conjunto, y con toda la verdad de sus pormenores.

Los partidos caidos encuentran pocos historiadores. Es una cosa tan bella el referir un triunfo, y tan triste el encomiar una derrota! Asi las plumas previsoras, se vuelven hácia las espadas victoriosas, y el menos fuerte agobiado por la fortuna, es tambien abandonado de los que podrian ayudarle á restablecerse en lo sucesivo. Sus defensores mismos se cansan, y su perseverancia termina sucumbiendo á la tenacidad de la desgracia. Si, por un resto de pudor, no se encierran tambien en el silencio, su palabra se vuelve menos elevada, menos decidida, su actitud menos confiada, su oposicion menos intrépida. Ya no es una mision que desempeñan con todo el celo de la esperanza, es un deber á que se someten con una resignacion desalentada. Digamos, para excusarlos, que al rededor de los partidos vencidos, se forma una atmósfera de tibieza y desconfianza, á cuya influencia es difícil escapar. Hay dos cosas que no se soportan en Francia; las adversidades que se perpetuan y las prosperidades que duran. En este pais de animacion y de impulso, la paciencia no tiene el aliento mas largo que la prudencia, y ni se sabe fijar la fortuna, ni esperarla.

Nosotros no demandamos elogio alguno por la diferencia que existe entre las disposiciones comunes y las nuestras. La naturaleza nos ha dado un corazon que siempre se ha dejado encantar por las santas seducciones del infortunio y las grandezas de la adversidad, y encontramos en el fondo de nuestra alma una especie de repugnancia hácia las insolencias de la victoria, que nos hace eminentemente propios para tomar el papel de historiador de un partido vencido.

Para comprender bien la conducta del partido realista despues de la revolucion de 1830, es necesario sacudir esa torpeza y esa indiferencia que cada dia espesan mas la atmósfera en que vivimos, y volverse á colocar en aquella situacion abrasada de odios medio envuelta aun entre el humo de las guerras civiles, y que cobijaba tantos resentimientos funestos. Mucho se ha acusado despues al partido realista, de haber turbado la sociedad por sus maquinaciones ocultas y sus gestiones á cara descubierta. Estas acusaciones merecen ser pesadas: acaso allí, en donde se acusaba á los hombres no debia encontrarse otra cosa que deplorar la fatalidad de la situacion.

Cuando estalló la revolucion de 1830, habia en Francia un partido que, durante quince años enteros, trabajando en tanto en la oscuridad, en tanto en la claridad de la tribuna y de la prensa, ya ocultándose en las cabernas del carbonarismo y fomentando conspiraciones militares, ya obrando sobre las asambleas legislativas, y tramando conjuraciones parlamentarias, sirviéndose alternativamente del nombre de M. de Laffayette, de la pluma de M. Thiers, de la palabra de M. Benjamin Constant y de Manuel, del oro de M. Laffitte, de la espada del general Berton; gran traficante de calumnias, grande atizador de las pasiones, mejor escitador de los odios; habia conseguido crear una situacion bastante lamentable. Pero si semejantes situaciones son largas de crear, no lo son menos de destruir. Cuando las diversas opiniones de un pais, que, en tiempos tranquilos contribuyen á la prosperidad general, por la controversia que entre ellas se establece sobre todas las grandes cuestiones de interés público, cuando las diversas opiniones de un pais, decimos, han llegado al punto de transformarse en partidos furiosos, que por todos

lados buscan un campo donde batirse, y cuando este campo se ha encontrado una vez, no hay necesidad de preguntar por qué hay lucha y desolacion en el pais.

Bien sabemos que se habla á las gentes crédulas de guerras que no duran mas que tres dias; pero los hombres sensatos no se detienen en semejantes expresiones: ellos saben que los tres dias de julio no fueron la guerra, sino la batalla, y que concluida la accion, cada uno quedó con las armas en la mano; estos para conservar los frutos de su triunfo, aquellos para arrebatárselos. Los realistas, pues, no podrian ser responsables de la oposicion de quince años. No eran ellos quienes habian armado las clases de la sociedad unas contra otras, é introducido con su aliento una anarquía moral en el corazon de la Francia? Pretender que la sangre derramada podia extinguir los resentimientos, y que la furiosa lucha que habia atemorizado á París, era propia á calmar las pasiones conmovidas, es conocer mal la naturaleza humana y los imperiosos instintos de los partidos políticos.

Como el deber de la historia es hablar con franqueza, es necesario añadir aqui una consideracion. Habia dos razones poderosas que, á los ojos del atento observador, debian inevitablemente poner en el pensamiento de los realistas la guerra interior, que estaba en las pasiones de todos en general.

Por una parte, la increíble rapidéz con que se habia consumado la revolucion de julio, era propia á hacerles creer que este golpe de mano revolucionario podia tener su reverso realista. ¿Cómo no pensar que habia alguna cosa de precario y de frágil en aquella improvisacion de la cólera popular, abierta al sol de los tres dias? Un gobierno que, por espacio de quince años habia estado profundizando sus rai-

zes en el suelo, no debía, á la manera que aquellas plantas tenazes, cortadas en vano por el filo del arado, arrojar nuevos vástagos en aquel terreno en donde se habia políticamente aclimatado? ¿Los intereses que habia creado, las simpatías que se habia conciliado, las adhesiones de que se habia rodeado, no traerian necesariamente una reaccion? ¿Qué mas? Este gobiernocaido estaba bien en disposicion de hacer la guerra, puesto que se habia retirado con las manos llenas de recursos, que él mismo habia pensado emplear, dirigiéndose á la cabeza de las tropas que le quedaban hácia la Vendée, antes de la errónea noticia del mariscal Maison, que, haciendo creer al anciano monarca que ochenta mil hombres marchaban contra él, le decidió á salir de un reino, cuya capital le enviaba tantos enemigos.

Así el pensamiento de guerra que se habia ofrecido desde el primer momento, tan en el fondo de la situacion estaba, parecia no estar mas que diferida. Esta guerra encontraría un cuartel general en Vendée, un cimientó de ejército en la guardia disuelta, inteligencias en todas partes.

Restaba aun una segunda razon capaz de volver el espíritu del partido realista hácia aquella terrible fatalidad de la guerra interior, razon, por desgracia, tanto más poderosa, cuanto tenia su origen en aquellos sentimientos de honor y de orgullo que tienen tanta accion en Francia.

La victoria del liberalismo habia usado de una insolencia desapiadada, tanto mas inoportuna, cuanto la mayor parte de los vencedores no se habian contado entre los combatientes. Estos adalides rezagados, que se habian puesto despues del golpe en posesion de su gloria, prodigaban á los vencidos aquellos desdenes y aquellos epigramas, cuyas picaduras

se sienten mas entre nosotros que las de una espada. Se preguntaba con afectacion donde habian estado los realistas durante las jornadas de julio: coronábase con una última injuria y una última irrision todas las irrisiones y todas las injurias de la oposicion de quince años. Por estos insultos se ponía, digámoslo así, al partido vencido en el caso de probar que tenía sangre francesa en las venas, y que sabia manejar una espada. Desde entonces se quitaba de antemano el derecho de reprocharle una necesidad en que parecia habersele puesto; y se le indicaba por sí mismo, como con el dedo, la liza en que despues se ha presentado.

Se vé, pues, que todas las circunstancias de la situacion conspiraban á producir el mismo resultado. La política y el honor vinieron á encontrarse sobre el mismo terreno con las pasiones conmovidas. Así se halló el mismo pensamiento, despues de la revolucion de julio, en las cabezas de todos los hombres de energia: nosotros lo decimos sin apreciar este pensamiento, y solo como un hecho histórico que conviene hacer constar, el partido realista creyó en la guerra interior.

Para acabar de explicar las disposiciones bajo cuyo imperio se encontraba el partido realista despues de las jornadas de julio, es necesario que la historia aborde una cuestion bien irritante, pero que sin embargo es indispensable tratar. Una de las armas más poderosas de las empleadas por la revolucion contra los hombres monárquicos, es esa acusacion incesantemente renovada, de ser el partido del estrangero, acusacion terrible en un pais en que el orgullo nacional no soporta el ser humillado. Si el espíritu de partido no hubiese envenenado esta cuestion, ella se presentaria de una manera bien sencilla y bien clara.

En todas las épocas en que dos grandes principios dividen la Europa, estos dos principios aparecen como dos banderas, en torno de las cuales se colocan las dos grandes opiniones dominantes. La patria del suelo cede á la patria del pensamiento; las fronteras caen ante la unidad de una creencia religiosa ó política. Esto se reconoció en tiempo de la Liga, en que la Francia, católica por un lado, apeló á una intervencion española, y, protestante por otro, invocó una intervencion alemana. No habia ya en aquel caso ni franceses, ni alemanes, ni españoles; habia el catolicismo de una parte y el protestantismo de otra, que se provocaban á grandes duelos. En aquella época de fé y de entusiasmo religioso, la nacionalidad no era ni la lengua, ni el suelo, ni las costumbres; era el culto.

Sin duda no pertenece á un símbolo político ejercer una influencia tan poderosa; además, los intereses materiales creciéndo, han aumentado la importancia de la nacionalidad territorial. La patria del suelo tiene alguna cosa de mas fuerte y mas decidida que en los siglos quince y diez y seis. Mas sin embargo, la cuestion de la monarquía y de revolucion que divide la Europa en dos campos, ha ejercido sobre las naciones una parte de la influencia que perteneció al catolicismo y á la reforma.

Los sectarios de la revolucion no tienen en esta materia reconvenccion alguna que hacer á los realistas; porque ellos tambien han sufrido el ascendiente de esa comunidad de principios, mas fuerte á veces, que la comunidad del idioma y del territorio. Cuando en 1823 el cañon del ejército real tronó en las orillas del Bidasoa, habia en las filas enemigas, franceses bajo la bandera tricolor: ellos no veian en aquel ejército de que hacian parte, un ejército español,

veian un ejército revolucionario: no veian en el ejército que avanzaba contra ellos un ejército francés, sino un ejército real: ellos habian llevado consigo la bandera de su principio, lo que tenian mas querido en el mundo, y, si no sentian estremecer su patria bajo sus pies, flotaba en su bandera por cima de sus cabezas. Los emigrados del Bidasoa, los que querian volver á introducir la revolucion por los Pirineos, comprenderán sin duda á los emigrados del Rhin, que quisieron hacer entrar de nuevo la monarquía por aquel rio en 93. Los hombres que despues de seis años han proclamado por sus palabras y sus actos, como un principio incontestable, que las revoluciones debian tender la mano á las revoluciones, no pueden ya mostrar una indignacion vehemente contra este axioma que resulta del primero: «Las monarquías deben tender la mano á las monarquías.»

Esté es el segundo pensamiento que se encuentra profundamente impreso en el fondo del corazon del partido realista despues de la revolucion de 1830. Parecía que la campaña de los tres dias era la señal y el preludio de una guerra europea. La caida de este tronó desmoronado, no era un aviso á todos los tronos? Ya se oian del otro lado de los Alpes, del otro lado de los Pirineos, á la otra orilla del Rhin, y hasta en las riberas del Vistula, aquellos sordos ruidos, precursores de grandes acontecimientos. Venia del Norte un sonido de armas y de clamores confusos. Por toda la Europa el suelo se inflamaba por sí mismo, pronto á producir revoluciones. El partido que acababa de hacerse dueño del poder en Francia, alargaba la mano, introducía promesas é impulsos en todas aquellas insurrecciones que se ensayaban á nacer. Un duelo inmenso iba pues á empeñarse entre los dos principios. Cada nacion se separaria en dos

campes enemigos: los revolucionarios franceses, alemanes, italianos, españoles, eslavos, marcharian unidos contra los realistas franceses, alemanes, italianos, eslavos y españoles, coligados para sostener el choque. De las dos partes las disposiciones eran iguales: las revoluciones se llamaban de polo á polo, como las monarquías. La guerra europea estaba en el aire.

Cómo los realistas no habrían admitido la inminencia de una vasta conflagración, cuando estaba en las convicciones de cada partido, y de los gabinetes mismos que por todas partes se armaban? Cómo habrían cerrado los ojos á los preparativos que los rodeaban? Cómo se habrían hecho sordos á las previsiones de la política, y á las deducciones de una lógica vigorosa que se presentaban con un carácter de necesidad?

Se quería admitir que la Europa se mantendría sobre la defensiva y no atacaría la primera? La revolución se encargaría de tomar la iniciativa. Los realistas se acordaban de los belicosos programas de la oposición liberal, de los tratados de 1815 calificados públicamente en la tribuna de *alto en el todo*, de los altaneros desafíos arrojados á la faz de la Europa. Ellos no podían pensar que sus adversarios quebrantasen sus juramentos de gloria como sus juramentos de fidelidad, y que aquellos propaladores de victorias, se harían los ministros de la paz de rodillas.

Hagamos justicia á esta opinión tan calomniada: la guerra europea no fué para ella una esperanza, sino una prevision: ella había aprendido á conocer la ambición de los gabinetes extranjeros y sus exigencias. Ella temió desde luego, que este gran movimiento de armas que preveía, no ocultase un pensamiento ulterior de invasión, y si se preparaba á afectar un movimiento interior, con el favor de la guerra

extranjera, era para presentarse en armas en la frontera, á fin de ahorrar al país el dolor de una invasión.

Así los dos sentimientos generales que, durante el primer período de la revolución de julio dominaron la conducta del partido realista, y esplican toda la serie de ella, se reasumen en esta frase: él preveía la guerra estangerá, y creía en la guerra interior.

En estos malhadados tiempos, en que la verdad encuentra tanta dificultad en abrirse paso, y en que luego que se presenta, se la marca en la frente con un sello, como una gran culpable, nosotros experimentamos la necesidad de repetir de nuevo: no es una apología lo que aquí escribimos: es la historia. Nos ha parecido necesario explicar las causas que produjeron la guerra interior de 1832, y mostrar que ellas se enlazaban íntimamente con la situación. Hemos debido esponer los sentimientos de que los realistas estaban animados, los motivos de esperanza que creían tener, las consideraciones políticas que, según ellos, los ponían en el caso de obrar, en una palabra, todos los hechos que podían servir á hacer comprender la tentativa de sublevación del mediodía, y el armamento de la Vendée.

La conducta de *Madama* se encuentra explicada con las mismas razones. Los sentimientos de los realistas eran los suyos; ella participaba de sus esperanzas, y la movía sobre todo, el pensamiento de que podría reunir en torno suyo las poblaciones, y evitar una invasión cuya injuria rechazaba con un orgullo todo francés, y cuyas consecuencias temía con sobrada razón política.

Toda la familia real estaba animada de los mismos sentimientos y *Madama* recibió del rey Carlos

una carta fechada en Edimburgo, y dirigida á los realistas de Francia, previniéndoles reconociesen á Maria Carolina como regenta. Hé aquí los términos en que estaba concebida.

«M...gefe de la autoridad civil en la provincia de...se concertará con los demás gefes principales para redactar y publicar una proclama en favor de Enrique V, en la que se anunciará que *Madama*, Duquesa de Berry, será regenta del reyno durante la menor edad del rey su hijo, y que tomará el título de tal á su entrada en Francia; porque así es nuestra voluntad.

«Edimburgo 27 de enero de 1831.» «Firmado *Cárlos.*»

De este modo las abdicaciones de Rambouillet, renovadas en Lullwoorth, eran ratificadas por un nuevo acto, y *Madama* partia, con la aprobacion de la familia real representada por su gefe, á hacer proclamar á Enrique de Borbon.

La princesa dejó la Inglaterra el 17 de junio de 1831: pasó á Holanda, y remontando el Rhin desde Rotterdam hasta Mayence, atravesó una parte de la Alemania, el Tirol, la Lombardía, y llegó á Génova, de donde se dirigió á Sestri, pequeña ciudad situada á doce leguas de Génova, en los Estados del rey de Cerdeña.

La duquesa viajaba bajo el nombre de condesa de Sagana. Aunque hacia poco estudio en disfrazarse, y su comitiva era bastante numerosa, no fué reconocida hasta Sestri. Detúvose dos dias en Génova, donde se encontraba entonces el rey *Cárlos Alberto*, pero sea que la policia italiana no haya llegado á un alto grado de habilidad, sea que á ejemplo de la policia francesa, no divisa mas que á los que se ocultan, el rey *Cárlos Alberto* no tuvo noticia de la presencia de

Madama. Sin embargo, como se ha dicho, *Madama* se mostraba públicamente; en todas las poblaciones de Italia en que hizo alguna mansion, iba á misa seguida de todas las personas que formaban su pequeña corte.

El consulado francés en Génova, fué quien reveló al gobierno sardo la presencia de la Duquesa de Berry en sus estados. El concurso de franceses de distincion que viajaban en Italia bajo nombres supuestos, con pasaportes tomados en embajadas extranjeras, puso á M. Decazes, cónsul en Génova, en la senda de este descubrimiento. El supo que habia en la fonda de Malta, en la ciudad de que hablamos, un gran número de viageros que, todos españoles, ingleses, rusos y alemanes, no hablaban mas que francés y lo notició á su gobierno.

Al momento el gabinete del Palacio real, que bien pronto supo la presencia de *Madama* en el Piamonte, se quejó al gabinete sardo de que en plena paz, el rey *Cárlos Alberto* concediese hospitalidad á una conspiracion que se tramaba contra un gobierno, con quien estaba en relaciones, si no de íntima alianza, al menos de buena vecindad.

Puesto en este caso, el rey de Cerdeña se vió obligado á ceder á las exigencias de la política y sacrificar la inclinacion de su corazon que le conducia á respetar, con referencia á una princesa desgraciada y desterrada, las leyes de la hospitalidad mas generosa. En consecuencia escribió á *Madama* una larga carta, en que la esponia la triste necesidad en que se hallaba de suplicarla saliese de sus estados.

Por obsequiosas que hubiesen sido las frases de esta invitacion, por incontestable que fuese la benevolencia de las disposiciones del rey *Cárlos Alberto*, *Madama* sintió vivamente lo que habia de penoso

LIBRERIA ALFONSIANA
V. A. N. I.
VICIA INVIERTI
VICIA INVIERTI

para ella en el mensaje que se la remitía. Hacia plena justicia al rey de Cerdeña, de cuyo afecto no podía dudar, y no se quejó sino de su fortuna. Ya principiaba á tocar con sus labios el cáliz de las adversidades, y á conocer las amarguras del destierro. Sus prosperidades habian sido afables y llenas de condescendencia: sus adversidades eran inhumanas; conservaba aquella noble susceptibilidad de la desgracia, que es la propiedad de las almas generosas; por otra parte la idea que tenia formada de la dignidad real, era muy grande. No era ella quien habia respondido en Inglaterra al embajador de una gran potencia: «La dignidad real se desvanece: es como la arquitectura. Mi bisabuelo ha hecho edificar palacios, mi abuelo casas, mi padre barracas, y mi hermano nidos de ratones. Con la ayuda de Dios, será necesario que mi hijo reedifique palacios á su vez.»

La duquesa de Berry se prestó á la invitación del rey Carlos Alberto, y dejó el Piamonte; pero dió su palabra á los realistas que habian venido á concertarse con ella en Italia, de desembarcar en Francia á su primer aviso, luego que juzgasen las circunstancias favorables.

Entonces siguiendo el litoral, se encaminó á Massa, donde permaneció una semana y en seguida partió para Luca, cuyas cercanías habitó algun tiempo. Decidida en fin, á hacer el viage de Nápoles, y queriendo aprovechar los últimos dias del hermoso otoño, tomó el camino de su ciudad natal, de su antigua patria, que no era ya hoy para ella sino el mas hospitalario de los destierros.

En este viage, *Madama* pasó por Roma, donde fué recibida con todos los honores debidos á las personas de su rango. El Papa la hizo cumplimentar; los cardenales y los embajadores extranjeros se pre-

sentaron á ofrecerla sus homenajes. Era propio de la ciudad de las grandes ruinas honrar este poder caído; era digno de la Santa Sede conceder á la princesa en su persona, los honores que en otras circunstancias todos los gobiernos hubieran prodigado á su fortuna. El catolicismo no tiene el contagio de la desgracia, y la grandeza real le parece doblemente sagrada en la adversidad.

Durante la mansión de *Madama* en Roma, un embajador, que sospechaba en parte sus proyectos, trató de arrancarle su secreto. La princesa dió un corte á la conversacion, preguntando á este diplomático por la salud de su esposa. El curioso oficial, conoció que se habia adelantado demasiado, y se retiró.

La duquesa de Berry permaneció tres semanas en Roma: púsose de nuevo en camino, y llegó á Nápoles, donde era impacientemente esperada. Su entrevista con su familia, fué al mismo tiempo gozosa y triste. Volvia á ver unos parientes tan queridos, y que tanto la amaban, la hermosa patria de su infancia, su cielo tan puro y sus embalsamadas riberas, pero volvia á verlas como fugitiva y proscrita.

Quince años antes habia dejado aquella deliciosa comarca para responder al llamamiento de la Francia, que la esperaba con votos, homenajes y flores en Marsella, la ciudad magnífica. Un destino tejido de prosperidades y alegrías parecia desarrollarse á su vista. Iba ella, la hija de los Borbones á renovar aquella ilustre y antigua estirpe, que pedía una corona para depositar en ella la mas hermosa de las coronas. Un glorioso himeneo la estaba reservado; el segundo lugar para ella en Francia, y para el hijo que tuviese un día, el primero. Ahora viuda de un príncipe muerto por el puñal, madre de otro destier-

rado por una revolucion victoriosa, se preparaba otra vez á tomar el camino de la Francia, pero en otras circunstancias y con otro aparato. No era ya aquella jóven princesa que partia con alegría, segura de ser acogida con felicidad, y de encontrar por todas partes á su paso, un recibimiento benévolo y obsequioso: era una proscrita que iba á romper su destierro, una desterrada que iba á arrostrar las leyes que la prohibian su regreso. En lugar de una tierna doncella que, calculando en su corazon todas las vicisitudes de su destino, veia todos los horizontes cambiando el porvenir, sonreirse en su pensamiento; era una madre que, trasformada por el amor de su hijo, en un atrevido capitan, calculaba todos los azares de una guerra peligrosa, y los obstáculos de una empresa que habria arredrado á un corazon varonil. Quince años antes, partia llena de confianza, dirigiéndose hácia el litoral francés, que parecia no tener mas que puertos para ella: bien pronto iba á partir para esa misma Francia, que parecia no presentarla hoy mas que escollos.



LIBRO SEGUNDO.

Mansion de *Madama* en Nápoles.—Sus impresiones.—Un pensamiento siempre presente á su imaginacion.—Deja á Nápoles.—Pasa á Roma.—Viene á establecerse en Massa.—El duque de Módena la ofrece su palacio ducal.—Finura de este principe.—Enviado de Carlos X cerca de *Madama*.—Los dos consejos.—Vida de *Madama* en Massa.—Explicacion del Cuartel.—La mesa redonda de Mr. Francisco.—Aspecto pintoresco de esta reunion realista.—Conversaciones.—Impaciencia francesa.—Deutz en Massa.—Por qué habia sido recomendado á *Madama*.—Bondad de *Madama* hácia Deutz.—Su munificencia con él.—Sale para la península española.—Anécdotas sobre la mansion de *Madama* en Massa.—Varias respuestas de la guerra interior.—res por las funestas consecuencias de la guerra interior.—Su palabra sobre Nimes.—Se la refiere la conducta de las mugeres del mercado de Marsella, con los heridos de Argel.—Sentimiento de orgullo francés.—*Madama* en su consejo.—Su inteligencia política en los negocios.—Su amor á la verdad.—Estimacion que concede á la franqueza.—Noticias de Francia acerca de la situacion interior del pais.—Decide en virtud de estas noticias, que ha llegado el momento de obrar.—Su partida en el mes de abril.—Su carta á los realistas.—Resúmen de los motivos que influyeron para la resolucion de *Madama*.

Madama pasó algun tiempo en Nápoles. Habia estado tanto tiempo separada de su familia! Y además, no tenia que derramar lágrimas sobre sepulcros abiertos y cerrados durante su ausencia? Habia dejado á su padre sobre un trono, y le encontraba en un féretro. Pero estos recuerdos de lo pasado, estos lamentos y estas lágrimas, debieron hacer un lugar á las preocupaciones de la vida activa. El hermo-